Ricardo Díez Pellejero

De Cincinnati a Embún

Al arrancar el lunes en Ayerbe leyendo 'Hay un lobo en la montaña' a su alumnado –ese cuento que canta a la amistad y al Pirineo y que creé con Josema Carrasco y Marta Martínez–, poco podía sospechar que, tras pasar por las Ferias de Huesca y Zaragoza, presentarlo en el Museo de Ciencias, terminaría el domingo cantando en Hecho el 'Himno a la libertad' en el mismo rincón de la casa de Emilio Gastón en el que lo entonara Labordeta.

Queríamos llevar el libro al lugar en el que transcurre su historia, así que nos lanzamos a jugar y descubrir sus secretos entre los chesos.

En Embún me emocioné recordando tiempos pasados. Compartir nuestro trabajo allí fue mágico, entrañable y quisieron Bego y la suerte que el acordeonista Kike Ubieto o Lorena Margalló, etre otros, confluyéramos en una mesa amplia, mezclando a un grupo diverso de creadores que no necesitaron mucho para dialogar y cantar llenos de júbilo.

Tras idear con Mari Carmen Gascón y la 'troupe' del lobo, me acordé de Lucio Quincio Cincinato, un patricio que decidió dejar las intrigas de Roma e irse al campo. Regresó como cónsul cuando le pidieron zanjar la disputa entre tribunos y plebeyos, tras lo que prefirió sembrar tierras antes que reinos. Cuentan que, con el enemigo a las puertas y las facciones en lucha, lo nombraron dictador mientras aún estaba arando. Volvió, venció y no sólo renunció a masacrar a los enemigos, sino también al poder y a los honores de triunfador y marchó a ocuparse de sus cosechas. Aún octogenario, acudieron para nombrarlo dictador por segunda vez y detener un golpe de estado. Abortado el peligro, ni se quedó el trono ni lo dio en herencia a su prole: dejó los oropeles y regresó a gobernar sobre su muerte. Pocos recordamos ya que George Washington y otros oficiales de la Revolución estadounidense formaron 'La sociedad de los Cincinatos' teniendo al héroe romano como modelo de servicio público y espíritu republicano. Para no olvidarlo, el asentamiento de Fort Washington recibió el nombre de Cincinnati. Me pregunto si los nuevos señores feudales de esas tierras y su desaforado líder recordarán la fundación de esa nación que, con miras tan pequeñas, vociferan querer engrandecer.

LA TRIBUNA | José Badal Nicolás

Hartazgo de corrupción

Ante la acumulación de escándalos que revelan conductas corruptas, hay que preguntarse cómo es posible que muchos todavía acepten las justificaciones

A.DONELLO

El declive de nuestra salud democrática es tal que ya somos la comidilla en las páginas de los periódicos de algunos países vecinos. Estamos asistiendo a una bochornosa y deplorable capitulación ética y moral, a un espectáculo en el que afloran el deterioro de valores, usos y costumbres, a un triste drama en el que la realidad supera a la ficción y cobran protagonismo la corruptela, la perversión, el envilecimiento y la depravación de algunos advenedizos llegados al noble oficio de la política, para mayor desventura, pesadumbre y aflicción de todos los españoles de alma limpia, sanos de espíritu y rebosantes de buena fe (que somos mayoría).

Estos días, no sé si más que en ocasiones anteriores, han quedado al descubierto numerosas tropelías y abusos de poder por parte de quienes lo detentan y mancillan, o de aquellos que se doblegan ante vergonzosos mandatos y acatan inconfesables encargos. Son arribistas proclives a la conducta aviesa, enlodados en el bulo reiterado y la mentira repetida, sin reparo en mancharse el vestido (incluida la vestidura talar) con el polvo del camino, huérfanos de freno moral, sin pizca de decencia ni asomo de probidad.

Los perpetradores de tales fechorías son felones, cobardes, medrosos, que a menudo aparentan esfuerzo y arrojo en la ejecución de sus acciones, pero que pronto se amilanan ante situaciones espinosas o intrincadas y adoptan incluso contradictorios cambios de opinión. Son jaques abonados al cohecho y la coima, que amparados en su eventual puesto de mando o influencia temporal y haciendo alarde de descaro e iniquidad se atreven a cometer desafuero de manera impune, a colocar el relato por encima de la verdad, a violentar la razón y el discernimiento de los demás, sin avenirse a pacto o convenio alguno con quien disiente.

Por lo general, son individuos cuentistas, balandrones, veleidosos, asaz mediocres, pero retorcidos, hipócritas, pillos, fulleros, que se complacen en la desvergüenza y la impudicia con naturalidad, sin atisbo de decoro o decencia, incapaces de reblar y admitir errores propios, reacios a asumir la menor responsabilidad por sus meteduras de pata, negados para articular siquiera sea una tímida disculpa o frase de perdón; antes bien, son personas con el corazón de papel de estraza y conciencia laxa, propensas a la arbitrariedad y la sinrazón, a la actuación esperpéntica, al proceder delirante, obcecadas en el desatino y la necedad, ajenas al remordimiento ante la inmoralidad y la injusticia, sin propósito de enmienda o desagravio.

El lector inteligente y avisado sabe de sobra a quienes me refiero y describo. Ante tamaña acumulación de desaciertos y dislates y el actual hartazgo de corrupción, somos muchos los que nos preguntamos: ¿cómo es posible que todavía hoy haya afines con alma de lacayo, incapaces de cualquier pensamiento crítico, carentes de escrúpulos, de servidumbre acreditada, temerosos de desviarse de la doctrina oficial recogida en el Ripalda pergeñado por gente arrimada y sumisa al corifeo? Pues a la vista está que personas así existen y comulgan con tan vituperable credo, conformes con la manipulación de datos y hechos, dóciles ante el infundio, la patraña o la calumnia, disciplinadas frente a los repetidos embustes y falacias. ¿Y cuál puede ser la explicación de esta actitud de ciega obediencia, de inquebrantable adhesión más propia de tiempos pretéritos?

La respuesta a la pregunta formulada no es única ni simple. Simplificando hasta el extremo, me atrevo a insinuar como causas de tan evidente mansedumbre (sin ser excluyentes) el desmedido entusiasmo en la tutela de creencias u opiniones (fanatismo); la intransigencia en la defensa de una ideología (sectarismo), que para mí supone un mayor grado de intolerancia y terquedad; la ambición patológica del ejercicio del poder a toda costa; o la prosaica necesidad de asir y conservar por cualquier medio una actividad remunerada, aun al precio de la propia honra, ora por comodidad, ora por manifiesta ineptitud para progresar por mérito y capacidad. Hay sobrados ejemplos de personajes con estas motivaciones; pero yo intuyo que los que encajan en la categoría citada en último lugar, los más haraganes o menos leídos y acríticos, sobrepasan con creces a otros fieles. Una desdicha existencial para ellos y un notable perjuicio para todos los demás.

> «Las personas cabales y con buen oficio deben retornar pronto a la primera línea del trajín político»

Por complicado y lioso que sea, las personas cabales y con buen oficio deben retornar pronto a la primera línea del trajín político para acabar con la actual degradación de los valores democráticos, reparar el menoscabo de las instituciones, reconstruir los puentes de sana convivencia, recuperar la bonanza económica y procurar la paz social.

José Badal Nicolás es catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza

| Marta San Miguel

Mordidas a Tolstói

Cualquier día es bueno para recurrir a Tolstói, sobre todo con lo que está dando de sí el informe de la UCO. «Todas las familias felices se parecen, pero las infelices lo son cada una a su manera». El escritor ruso iniciaba así la historia de Anna Karénina, y hoy en día, que contamos y compartimos hasta el color de las toallas de nuestro baño, las gotas de sudor al soltar las mancuernas o la forma de freír un filete imitándonos unos a otros, me pregunto qué de actual tiene ese inicio literario. Al copiar y pegar la estética de nuestro tiempo, el argumentario de nuestras frases o incluso la ropa, parece que tenemos la realidad bajo control, que somos felices de la misma forma. En verdad parecemos calcos. Pero entonces llega la UCO y nos recuerda que, por mucho que nos imitemos, cada uno es imperfecto a su manera.

El pasado viernes, el Congreso de los Diputados celebró una jornada de puertas abiertas para conmemorar el aniversario de las primeras elecciones en España tras la dictadura franquista, el 15 de junio de 1977. Cualquier ciudadano podía entrar, hacer una visita, asombrarse de la familia política y lo heredado, como los tiros de Tejero en el techo del hemiciclo, el salón de los Pasos Perdidos, sus leyendas. La anfitriona, Francina Armengol, dijo que abrir las puertas del Congreso buscaba fomentar la transparencia y la rendición de cuentas. Pero claro, cuando tienes invitados delante, resulta más difícil disimular que las cosas en casa se sostienen de milagro, porque el cumpleaños de la democracia se celebró los días en que estallaba la piñata del PSOE.

Sobre el mantel están los restos del banquete, y mientras la UCO lo sacude y nos caen encima las tartas mordidas, me asombra que de nuevo tengamos que esforzarnos para asimilar que el poder para algunos trae consigo estas manchas que no se quitan; que nada de lo que pase en política estará del todo limpio, que heredamos la corrupción de legislatura en legislatura como el que hereda una casa con goteras. Esta vez la familia imperfecta es la del PSOE. Su 'trío calavera' son los artistas invitados en el uso fraudulento del bote común, y por eso pienso en Anna Karénina, en su forma de vivir acorde a sus instintos, a su derecho a ser egoístamente feliz a pesar de los corsés y los límites legales que nos aprietan a todos, sobre todo cuando dice eso de que «el fin de la civilización consiste en convertir todas las cosas en un placer». Seremos infelices a nuestra manera, pero en cuestión de corrupción, el empacho que tenemos de tanto glotón es el mismo, miremos donde miremos.